

# El periplo fotográfico

Ramón Castillo

*Hoy todo existe para culminar  
en una fotografía*  
Susan Sontag



DESDE HACE MÁS DE UN SIGLO la cámara fotográfica es el *gadget* por antonomasia. Es la quintaesencia de lo que cualquier adminículo de tecnología de punta debe ser. Práctica, útil, portátil, de reveladora importancia, sencilla de usar. A la cámara, históricamente, también se le imputa el ser capaz de propiciar guerras, exaltar perversiones, destroz ar matrimonios, confirmar amoríos, arruinar reputaciones, consignar tragedias; en fin, hacer de la imagen argumento y sentencia en todo lo que de humano nos es propio.

Ya en su momento, Walter Benjamin observaba que hubo un tiempo en el que las fotografías se almacenaban cual si fueran joyas, guardándolas en el más preciado ajuar de la familia. ¿No es verdad que la cohesión de nuestra personal estirpe se cifra en el recuerdo cansino de aquellos viejos instantes atesorados con celo? Incluso hoy, no es posible para ninguno de nosotros extraerse de la dinámica fotográfica, menos aun en que el *dictum* de las actuales redes sociales apoya su contundencia y seducción en el brillo cegador de los pixeles y la posibilidad de



Fotografías: John Kratz. Creative Commons

acumular un ingente número de instantáneas de viajes, fiestas, borracheras, cumpleaños y sucesos de todo tipo.

Con la reciente quiebra de la Eastman Kodak Company desaparece un hito dentro de la historia del paradójico mundo en el que la apariencia disuelve lo concreto, una capa superpuesta en el que se da preeminencia a lo que se oculta mostrando. El estatuto de prueba que reside en la imagen pudiera parecer, si lo miramos con frío talante analítico, un reducto algo tambaleante, apenas una idea de realidad en la que las palabras siempre han carecido de la contundencia que puede presumir un trozo de papel dibujado a golpe de luz y haluros de plata.

Todavía ahora existe un efecto hipnótico difícil de eludir al mirar una fotografía. ¿La razón? Quizá por la violencia que toda imagen encierra en el imperativo implícito que nos obliga a contemplarla, de perseguirnos con su neutralidad mecánica o digital con la que “describe” al mundo. Nosotros, individuos del siglo XXI, aún somos incapaces de dominarnos racionalmente frente a tal embrujo. Las imágenes pasman, las imágenes anestesian, dijo Susan Sontag.

Con la precipitada caída de la Kodak se termina la era de la cámara mecánica popular de bajo costo, el imperio del rollo plástico con su gelatina fijadora en uno de los lados y los agujeros en las orillas para facilitar el giro del carrete por más que, ironías del destino, cualquier nuevo dispositivo tenga una función *retro*

para añadir ese toque nostálgico de lo que todavía no termina de desaparecer pero nosotros ya extrañamos.

Después de más de cien años de existencia, Kodak se retira del mismo mercado que la consolidara como una poderosa marca de productos fotográficos. Suya fue la idea, allá por 1888, de sustituir las vetustas placas de cristal en las cámaras de entonces para colocar un carrete hecho de papel y luego de celuloide. Suyo fue, por supuesto, el afán de llevar la posibilidad de retratar y ser retratado a cualquiera mediante aparatos cada vez más accesibles. Cuando Benjamin publica su *Pequeña historia de la fotografía* ya hace eco de la tendencia que hasta la fecha continúa. El alemán dice que “la cámara se empequeñece cada vez más, cada vez está más dispuesta a fijar imágenes fugaces y secretas”. El perfeccionamiento tecnológico y arrobamiento frente a él nos indican lo poco que han cambiado las cosas.

El privilegio de hacer historia, encuadrar sucesos irrepetibles fue la dinámica que la empresa impulsó —la foto de la joven afgana de ojos verdes que le dio a *National Geographic* el que quizá sea su éxito más reconocible fue tomada con un rollo de la Kodak, el mítico y ya desaparecido Kodachrome— y, finalmente, esa misma dinámica también la borraría del mundo que ella ayudó a construir. La industrialización de la fotografía y su progresivo crecimiento fue la bestia liberada que terminó engullendo con descaro a quien le dio la vida. Como todo monstruo, la regla dicta que

el engendro habrá de revelarse contra su creador. El imperio de la imagen no reconoce genealogías, sólo la necesidad desesperada de seguir creciendo, sin importar que su artífice esté ahora *out of the business*.

Lo que, en el caso de Kodak, comenzó como un paulatino declive y terminó con un obvio fallecimiento no es otra cosa que la metáfora del apetito omnívoro del capitalismo, que en su desaforada marcha engulle todo lo que se le pone enfrente y que, al fin y al cabo, en algún momento agotará su alimento y se aniquilará a sí mismo. Otras grandes y viejas empresas ya han desaparecido; no obstante, la situación de este emporio es particularmente interesante pues su caso es, una ironía más, el retrato de una parálisis del sistema que la encumbró pues, como observa Susan Sontag, “todas las fotografías atestiguan la despiadada disolución del tiempo”, toda fotografía es un *memento mori*. La caída de Kodak es una instantánea que miran con terror la Unión Europea, las bolsas, los mercados y accionistas, las inmensas fortunas de escasos hombres, el capitalismo entero.

Slavoj Žižek retoma en *Las metástasis del goce* una observación de Stephen Jay Gould que pone en evidencia la dinámica absurda del capitalismo cuando menciona las sucesivas contracciones y crecimientos de la tableta de chocolate Hershey's. Habrá un instante, leemos, en el que “podemos calcular no sólo el momento exacto en que la cantidad [de chocolate] llegará a cero [...] sino también cuánto costará ese vacío”. Este es, en su cruda irrisión, el discurso armado de *flatus vocis*



de nuestro sistema económico y el fantasma que lo está asechando. Pero si algo caracteriza al capitalismo es su constante capacidad de reinención, la necesidad nunca satisfecha de prolongar el círculo producción-consumo. De ahí que la desaparición de la Eastman Kodak Company no signifique en lo absoluto la desaparición de la fotografía, puesto que el impulso que la anima se extiende más allá de una marca; a lo mucho, la catástrofe se reduce a la ausencia de una manera de entender el ejercicio fotográfico en relación con su historia. El carrete o rollo es desde hace unos años más bien una extravagancia propia de artistas, apocalípticos reacios a la tecnología y estudiantes, mientras que las cámaras mecánicas son objeto de culto y coleccionismo, sólo eso. La paradoja estriba en que siendo la empresa un estandarte de la avanzada fotográfica —ellos fueron los inventores de la primera cámara digital y, sin saberlo, con esto cavaron su propia tumba— fue el mismo desarrollo en esta materia lo que los aniquiló.

Sin embargo, lo que realmente importa aquí es que la fotografía desde su llegada causó un estremecimiento inusitado. Para recordar la expresión de Sontag, desde que el milagro de la lente apareció [...] no hemos parado de ser unos “yonquis de las imágenes”, adictos al acumulamiento voraz de recuerdos. Ahora, más que nunca, la exhibición de dichas tomas en cualquier oportunidad es muestra contundente de que nuestra era está regida por la saturación de imágenes, en el desprendimiento irresponsable de nuestra vida privada a cambio de una supuesta “red social” que nos comunica con el mundo entero.

Se nos hace creer que mediante una página en Internet, nuestra “Biografía” fungirá como una suerte de rescate de nuestra individualidad, de codicioso aunque ingenuo resguardo del mundo, de lo que creemos ser y de lo que las cosas, según las postales que almacenamos, son en realidad. Pero no podemos olvidar que una cámara fotográfica se convirtió en la mejor manera de seguirle la pista a la sociedad. Aquí volvemos una vez más a Sontag cuando en su *Sobre la fotografía* nos recuerda que “los estados modernos emplearon las fotografías como un instrumento útil para la vigilancia y el control de poblaciones cada vez más inquietas”. Esto sólo nos recuerda que desde el siglo XIX, que fue cuando se comenzó a utilizar tal procedimiento, sólo ha habido una perversa sutileza, una sofisticación temible, encarnada en las redes sociales y la explotación de nuestros datos privados. El comercio de la vida íntima nos despoja del aburrimiento a costa de la callada observación de nuestros gustos y aficiones por parte de intereses que desconocemos aunque adivinamos.

La imagen fotográfica es un *continuum* que configuró, desde su arribo, la identidad humana. Una cámara siempre ha estado en los momentos cruciales para sentenciar, con su ojo implacable, el destino de lo observado. La fotografía es parte del entramado emotivo y cultural mediante el cual asimilamos la existencia. Aun a pesar de que en ella ocurra la falaz

intención de consignar las cosas como son cuando sabemos bien que una “réplica de la realidad nos dice sobre la realidad menos que nunca”, como precisó atinadamente Walter Benjamin, esto no es óbice para renunciar a ella; la imagen es un simulacro de verdad, una “elipsis del lenguaje”, según palabras de Roland Barthes, y por esta razón un espacio “antiintelectual” que a fuerza de repeticiones unifica toda experiencia, haciendo de lado cualquier asomo de singularidad. Acaso ¿no la gran mayoría de las fotos que se pueden ver en internet de perfiles personales repiten esa “toma Facebook” en la que un ángulo en picada disimula la barriga, da protagonismo a los ojos, los pómulos se ensanchan y la barbilla se afila para transmitir un rostro más cercano a los estándares culturales del cine y la televisión al que tantos aspiran?





MAGASIN SPÉCIAL POUR LA VENTE  
des APPAREILS de  
toutes Marques

LE  
**VEST POCKET  
KODAK**  
Autographic  
depuis  
**55 frs**



LE CATALOGUE GÉNÉRAL  
DES APPAREILS

**KODAK**

Blocs Notes GAUMONT  
Vérascopes & Glyphos RICHARD  
Stéréos Panoramiques MONOBLOCS  
& LEROY, etc.

EST ENVOYÉ FRANCO PAR LE

**PHOTO-PLAIT**  
37, Rue Lafayette - PARIS-OPÉRA

El glamour de la cámara fotográfica se ha perdido en pos de una ubicuidad apoyada por la tecnología, si bien existen cámaras complicadas y elegantes, caras y exclusivas, también las hay en todo celular, tableta, computadora de escritorio, laptop o reproductor de música. Siempre hay espacio para aquella incisiva mirada de píxeles que nos traslada al ciberespacio. El *gadget* se volvió *gadget* del *gadget*.

Si Warhol previó quince minutos de fama para cualquiera, ahora la democracia de la imagen nos augura quince horas, diarias, en *streaming*. Ya sea en el trabajo o la escuela, la alcoba o el retrete, querámoslo o no, seremos protagonistas del aburrido show de nuestras vidas. Por ello no sorprende que el *slogan* de Youtube sea "Broadcast Yourself" y el de Flickr "Share Your Life in Photos". En un pasaje de *Las batallas en el desierto*, Carlos, el protagonista de la historia, dice: "Miré la avenida Álvaro Obregón y me dije: Voy a guardar intacto el recuerdo de este instante porque todo lo que existe ahora mismo nunca volverá a ser igual". Hoy, si alguien, adulto o joven, quisiera preservar ese momento único e irreplicable de su existencia, sin duda, reproduciría el ya cotidiano acto de sacar su celular, tomar una fotografía para evitar el esfuerzo de la memoria y subirlo

a Facebook o Twitter para decir: yo estoy aquí, esto estoy viviendo. *Foto ergo sum*.

Mediante la colección retacada de imágenes que apilamos en nuestro disco duro, en Blogger, Tumblr, Flickr y un prolongado etcétera, recogemos parcelas del exterior en un afán acumulativo en el que el orden lo ponemos nosotros. El diseño de nuestras vidas pasa por el tamiz de un selecto, tal vez hasta maquiavélico, cuidado de la apariencia. Se promueve la idea de que con la fotografía participamos activamente de lo que ahí se muestra, de que en verdad compartimos nuestra existencia con los demás cuando, por el contrario, la brecha se hace más honda a la par que cautivante por el engaño en el que caemos.

El que Benjamin, Barthes y Sontag sucesivamente se hayan anonadado frente a la popularidad de la fotografía en su tiempo, no sólo testifica el largo periplo de la imagen fotográfica sino también su tentacular expansión. Prácticamente nadie se salva de tener un dispositivo que tome fotos y, a su vez, ser fotografiado. El sino de nuestro tiempo es, parodiando al filósofo británico George Berkeley, algo así como *esse est percipi*, ser es ser percibido... etiquetado, comentado y acumular abundantes *likes*. ▀